

LOS RECUERDOS YA NO ESTÁN

Era un día soleado y alegre. Ahí estaba yo ayudando a mi abuela a hacer sus famosas croquetas de jamón y sin darme cuenta ya era la hora de comer. Las croquetas, como siempre estaban perfectas.

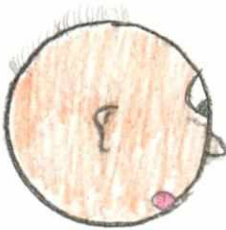
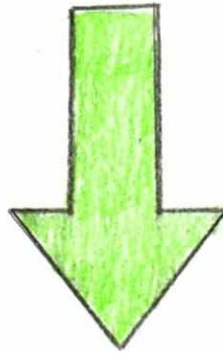
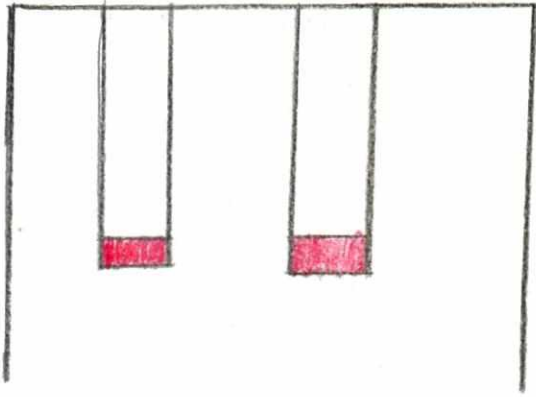
Al cabo de una semana empezó a llover y como no podíamos salir de paseo, volvimos a hacer croquetas, pero... ¡estaban saladas! Eso es lo que mi abuela añadió en tanta cantidad. Era rarísimo, ya que siempre estaban ricas, ¿qué pasaba? Tal vez lo hizo sin pensar.

Un poco después dejó de llover y fui a preguntarle a mi madre por qué salieron mal. Ella me dijo que la abuela estaba enferma y no se acordaba de hacerlas correctamente. Pero... ¿qué enfermedad? ¿Es contagiosa? ¿La tiene también el abuelo? ¿Tiene más síntomas? Ufff... ¡cuántas preguntas que resolver! ¡Y qué voy a hacer! A ver si más tarde me responde alguien a mis preguntas.



Unas horas más tarde volví a insistir para que mi madre, que estaba en el salón con mi abuela, respondiera a mis dudas pero decidí parar porque la abuela ya estaba histérica con lo que yo preguntaba. Yo, mientras, seguía sin entender NADA. Por eso decidí relajarme dando un paseo a mi parque favorito. Esta vez me acompañó mi abuelo aunque siempre iba con la abuela al parque. Le pregunté por qué me acompañó y por qué mi abuela no vino. Además le pregunté por su extraño comportamiento. Él me lo explicó. La enfermedad se llamaba ALZHEIMER y que te hacía olvidar algunas cosas. Al instante me sentí triste por la abuela, que estaba enferma, y por el abuelo que también estaba triste como yo. Era una pena pero una pena que había que ocultarle por mucho que mi abuela lo supiera.

Ese día estaba contenta por una parte porque ya lo entendía todo un poquito mejor. Además en el parque jugué en el tobogán, los columpios y en una especie de roódromo y me lo pasé genial, como si estuviera en el sitio más bonito y relajante del mundo con mi abuelo por esta vez.



Se llama
Alzheimer.

Oh, me
da mucha
pena.

Después del paseo me duché, cené y me fui a dormir. Tras esa larga noche pensé el modo de ayudar a mi abuela a recordar algunos momentos de su vida y decidí hacer un viaje con ella a Valladolid, su ciudad favorita.

Ya allí le expliqué qué era lo que hacíamos en esa ciudad que ella no recordaba. Al terminar mi explicación me sonrió levemente mientras conocíamos de nuevo Valladolid.

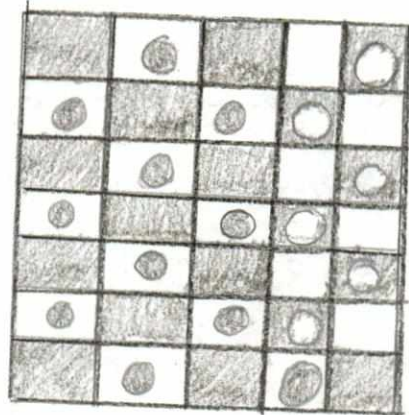
Un par de días después cogimos un autobús para volver a Bilbao, pero nos equivocamos de viaje. El bus nos llevó directamente a Zamora y no sabíamos lo que hacer. Después de bajar del autobús le dije a mi abuela que si quería, nos podríamos quedar algún día y dijo que sí. En Zamora mi abuela me conocía. Tampoco creo que se acordase. Fuimos a alguna tienda y bar y nos lo pasamos muy bien.

Volvimos a casa y... ¡me preguntó mi nombre. Salí corriendo y regresé con una camiseta en la que ponía mi nombre. Mi abuela sonrió y me copió.

Por fin volvimos a Bilbao y aprovechamos para pasar por el Guggenheim. Vimos al Pupi, entramos en el museo y jugamos a las damas en una exposición algo rara.



PUPI 



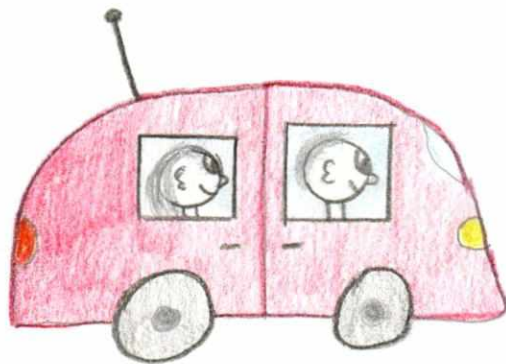
Mi abuela con tanto viaje me comentó que desearía uno más antes de que mis padres, mi hermana y yo volviéramos a casa. Yo acepté muy contenta y como ya tenía la maleta hecha para irnos al día siguiente no tuve que hacer nada. A la mañana siguiente mi abuela y yo fuimos a Madrid.

Visitamos el zoológico y miramos cada detalle aunque fuera insignificante. La abuela decía que todos los animales eran muy simpáticos, incluso las hormigas del suelo.

Finalmente, regresamos a Bilbao y en la merienda las dos recordamos lo que era pasarse en grande.

La mañana siguiente nos despedimos todos de la abuela que gracias a mí recordaba algo más, esa alegría que desde hace unos años el Alzheimer le había arrebatado pero había vuelto a sentir con mi ayuda.

En el coche, cuando emprendimos nuestro viaje hice un dibujo de todo lo que nos había pasado a mi abuela y a mí esos maravillosos días y se lo mandé por correo y ella me respondió con una foto suya sonriendo con el dibujo que le envié impreso. En ese momento ya no estaba preocupada y era plenamente feliz.



FIN

"Los recuerdos son los que están" - Blancaneros